

## ECOCIDIO Y GENOCIDIO EN *MANCHA DE ACEITE* DE CÉSAR URIBE PIEDRAHITA

Augusto ESCOBAR MESA  
(*Universidad de Montreal, Canadá*)

*A Edmond Cros, que nos ha sugerido modos de leer*

**Palabras clave:** *Mancha de aceite*, César Uribe Piedrahita, novela sobre el petróleo en Venezuela, ecocrítica, multinacionales del petróleo, dictadura de Juan Vicente Gómez, depredación de la naturaleza, novela social y moderna

**Resumen:** *Mancha de aceite* (1935) del escritor colombiano César Uribe Piedrahita ha sido considerada la mejor novela sobre el petróleo en Venezuela -y en Colombia- por la postura crítica que asume el autor contra el complejo sistema de explotación de las multinacionales del petróleo, no solo de los recursos naturales sino también de la población del golfo de Maracaibo. Además, cuestiona la injerencia de las compañías extranjeras en los asuntos políticos, económicos e internos del país, y su connivencia con la dictadura de Juan Vicente Gómez.

**Key words:** *Mancha de aceite*, César Uribe Piedrahita, novel about the oil in Venezuela, ecological criticism, oil multinationals, dictatorship of Juan Vicente Gómez, nature's depredation, social and modern novel

**Abstract:** *Mancha de aceite* (1935) from the Colombian writer César Uribe Piedrahita has been considered the best novel about oil in Venezuela -and Colombia-,

by the critical position that assumes the author against the complex system of exploitation of the oil multinationals, not only of the natural resources but also of the population of Gulf of Maracaibo. In addition, the author questions the interference of foreign companies in the political, economic and internal matters of the country and its connivance with the dictatorship of Juan Vicente Gómez.

**Mots-clés:** *Mancha de aceite*, César Uribe Piedrahita, roman sur le pétrole au Venezuela, écrivain, les multinationales du pétrole, la dictature de Juan Vicente Gómez, la déprédation de la nature, roman sociale et moderne.

**Résumé:** *Mancha de aceite* (1935) de l'écrivain colombien César Uribe Piedrahita a été considéré comme le meilleur roman sur le pétrole au Venezuela -et en Colombie-, par la posture critique assumée par l'auteur sur le système complexe de l'exploitation des multinationales du pétrole, non seulement des ressources naturelles mais aussi de la population de la région autour du golfe de Maracaïbo, en outre, par l'ingérence des compagnies étrangères dans les affaires politiques, économiques et internes du pays et de sa connivance avec la dictature de Juan Vicente Gómez.

César Uribe (1896-1951) fue un médico, científico, escritor, pintor, cultivador de orquídeas, aventurero, que desde sus primeras expediciones en las selvas colombianas en 1918 hasta su muerte se interesó siempre por la naturaleza y fue un defensor de ella, así como de los indígenas a los que dedicó su primera novela, *Toá* (1935). Si no el primero, por lo menos es uno de los cabos fundacionales de la conciencia ecológica en América, porque no solo la estudió por lo que ella representaba en sí misma para beneficio del hombre, sino que también la recreó en sus pinturas, la describió en sus novelas con toda su magnificencia, peligros y poder, en sus ciclos de muerte y renacimiento y, fundamentalmente, mostró la estrecha relación entre el hombre y su entorno natural para bien o para mal de uno o de los dos. Pero hay otro aspecto relevante de Uribe que lo hace único y es su conciencia crítica de lo ecológico en su sentido amplio, es decir, su defensa aguerrida del medio natural y en contra

de las multinacionales (del caucho y del petróleo) que, sin escrúpulo alguno, depredaban en su momento el medio natural con un solo afán, el lucro excesivo. De modo singular, el narrador describe en *Mancha de aceite* la aplicación de la tecnología moderna que horada la naturaleza y arrasa con ella para arrancarle parcelas de su riqueza; es de una tal fuerza plástica y de una emoción contenida las descripciones del medio y la acción del hombre, que solo es posible encontrarlo en un espíritu de gran sensibilidad como el de Uribe. La manera como las multinacionales de los países avanzados siguen hoy febrilmente a la caza de las materias primas en los países en desarrollo para su propio crecimiento en menoscabo del medio ambiente y de las condiciones de vida de los habitantes de esas regiones, es lo que Uribe muestra tempranamente en su novela de 1935. En la primera parte de este artículo se describe la apropiación y luego la explotación del suelo venezolano por parte de las compañías extranjeras, el sistema de corrupción y sobornos que utilizan, la alianza con la dictadura para expoliar la economía y enajenar a sus habitantes. En la segunda parte, se muestra una visión desoladora de la naturaleza a medida que las compañías instalan sus máquinas perforadoras y extraen el petróleo arrasando con todo lo natural a su alrededor. La novela es un testimonio temprano del ecocidio<sup>1</sup> irresponsable de las multinacionales de los países desarrollados en países en vía de desarrollo. La novela trasciende el realismo mimético y social que predomina en la época, porque propone una estructura formal novedosa que se adelanta a cualquier otra novela de su tiempo en Latinoamérica. Además, desde

---

<sup>1</sup> Uno de los primeros que hace énfasis en esta noción es Franz J. Broswimmer en su libro *Ecocide: A Short History of Mass Extinction of Species*. London, Pluto Press, 2002 (*Ecocidio: breve historia de la extinción en masa de las especies*. México, Océano, 2005).

la perspectiva del protagonista y del narrador, el texto asume un papel de firme compromiso en el desenmascaramiento de ese sistema devastador de la naturaleza y de deshumanización del hombre.

Lo social en general es el eje nucleador de la novela. De comienzo a fin se observa en ella el drama social y humano derivado de una explotación sin límite, la penetración del capitalismo salvaje en una sociedad de escaso desarrollo social y económico, la connivencia del Estado con la acción indiscriminada de las multinacionales del petróleo, el efecto del dominio dictatorial sobre la conciencia de los individuos y la colectividad, la desigualdad económica y la injusticia social, la destrucción indiscriminada de la naturaleza y, en medio de ese espectro desolador, un francotirador solitario que denuncia todo esto y lucha por la libertad y por una mayor equidad social. La aparición de esta novela coincide con un período de lenta modernización de gran parte de los países latinoamericanos, con el despegue del industrialismo y el interés de las multinacionales norteamericanas y europeas de asentarse en el continente y explotar las ricas materias primas a bajos precios, pero colateral a esto también se observa un proceso de laicización de la sociedad, cambios en el sistema educativo (mayor accesibilidad y la revolución estudiantil de 1918 en Córdoba, Argentina), nuevas formas estéticas y culturales (el modernismo, vanguardismo literario, el muralismo mexicano, la aparición de revistas modernas como *Prisma*, *Horizonte*, *Contemporáneos*, *Avance*, *Voces*) y movimientos sociales (revolución mexicana, movilización de obreros, campesinos e indígenas en el resto del continente). Asimismo, se observa un interés creciente por todo lo relativo a la identidad latinoamericana a través del pensamiento de Rodó, Henríquez Ureña, Sanín Cano, Mariátegui, etc., al igual que el surgimiento de una literatura que busca dar cuenta de los fenómenos sociales de su tiempo y de su entorno con Azuela, Rivera, Gallegos, Güiraldes, Alegría, Icaza, Martín Luis Guzmán,

Osorio Lizarazo y Uribe Piedrahita, entre otros. La novelas de estos reflejan la descomposición de la antigua sociedad que en el campo difícilmente superaba la etapa neofeudal, es decir, que estaba bajo el dominio de gamonales, clero, oficialidad, y olvidada por completo de las Instituciones y del Estado. En los pueblos y ciudades, las condiciones no eran mejores, porque si bien había mayor comodidad y acceso a ciertos bienes de consumo y culturales, estos eran para usufructo de un sector minoritario de la población, porque la mayoría padecía la falta de servicios públicos, higiene, escasa escolaridad, poca retribución en los salarios, control hegemónico en lo económico, social, moral y mental por parte de la Iglesia católica, la clase dominante y de los partidos políticos tradicionales.

## DE LA DICTADURA AL CAPITALISMO

Con un indolente y conflictivo romance de por medio entre el protagonista, el médico Gustavo Echegarri o Doc y su amante estadounidense, Peggy, la novela es, sobre todo, la historia de las multinacionales del petróleo que pujan por instalarse en el lago de Maracaibo y sus alrededores –rico en hidrocarburos–, y los cambios que éstas generan no solo en el ámbito socioeconómico, sino también sus efectos nefastos en la vida de los hombres y de las comunidades residentes en la vasta zona adyacente al gran lago. Allí, la muerte se codea con el supuesto afán civilizador llamado “progreso”. Nada vale tanto como el chorro negro que emerge arrasando todo a su alrededor, oscureciendo no solo el cielo y la tierra, sino la vida de los habitantes nativos. La nueva vida que presupone redención económica para los obreros, campesinos e indígenas de la región, se convierte en una nueva y sofisticada forma de explotación y de esclavitud moderna. Así lo describe el narrador de la novela:

En los campos petrolíferos al sur del lago, entre las ciénagas y lagunas de Chama y Onia se morían los hombres. La malaria perniciosa [...], el vómito de sangre, hacían víctimas por centenas. Los jefes civiles habían agotado el personal campesino. El desarrollo de las exploraciones con taladro pedía más carne humana; como si la perforación de un pozo debiera hacerse con sartaes de cadáveres. (229)<sup>2</sup>.

En torno a los pozos de extracción del crudo se arremolinan los hombres procedentes de todas partes del mundo tras el codiciado nuevo Dorado que redima sus vidas. Inicialmente todo parece un espejismo, pero pronto se vuelve pesadilla, homogenizado por un mismo fétido olor, por ruidos estridentes de martinetes que arrasan la tierra y saturan la atmósfera que hierve bajo el sol. Los miles de obreros enganchados con la quimera de la pronta riqueza, solo encuentran enfermedades, locura o muerte. Pocos son los que sobreviven para disfrutar el dinero que ganan, porque igual se pierde por las deudas en el Comisariato, en los garitos, bares y prostíbulos. Como bien lo muestra la novela al final con la muerte violenta del protagonista y el arrasamiento del lugar por una mancha de fuego devoradora, todo no fue más que un sueño iluso del protagonista, pero ese mal endémico de avidez económica y poder, condición de lo humano, puede ser contenido solo por un momento, porque pronto renace, se multiplica aquí y allá y con mayor impacto. Aunque el petróleo no tiene rostro ni moral, tiene el poder de un tótem que satisface y brinda riqueza sin medida a los administradores y patrones de las compañías extranjeras. Es su Midas. Así lo afirma

---

<sup>2</sup> En adelante sólo se citarán las páginas de la tercera edición de la novela: Medellín, Autores Antioqueños, 1992.

categoricamente Mr. McGunn: “Petróleo es dinero, es lo único que puede dar bienestar” (198). Pero también esa comodidad coletea entre los venales y pusilánimes funcionarios públicos y militares que se encargan de alimentar, con sus propios compatriotas, las dragas devoradoras de las petroleras. En el nuevo sistema impuesto por las compañías con la anuencia del dictador Juan Vicente Gómez, y el coro de áulicos de la administración pública de los Estados de Zulia, Falcón y Trujillo, está garantizada la provisión humana de nativos e indígenas. Así lo corrobora el superintendente de una de las compañías:

No podemos conseguir obreros si no se está ‘muy de acuerdo’ con el jefe civil y con otros empleados oficiales. Los políticos, los parásitos... todos quieren vivir de nuestro trabajo y a costa de los capitales extranjeros... Es necesario que nos adoptemos a los usos de los latinos. (198).

Y esa adaptación implica corromper el Estado y fragilizar la institucionalidad para su beneficio. Así lo expresa con molestia el protagonista a la esposa del superintendente y su amante:

las compañías hacen alarde de beneficiar a los nativos e imponen un sistema de sobornos que cubre desde los altos personajes del gobierno hasta los más infelices servidores públicos. Por toda esa trama sorda que sospechamos. Porque usan a los hombres como simples cartuchos de tiro al blanco y desechan el cascarón. Porque han hecho de este pueblo y de todos los que tienen el infortunio de poseer petróleo, unos pueblos esclavos. (241).

No les basta la mano de obra barata y los altos rendimientos en los mercados internacionales para que los capitalistas extranjeros

se exacerben en el desprecio por los nativos. La supuesta pereza e incapacidad que estos les atribuyen sirve de escudo a los gerentes y capataces para denigrar de la condición de aquellos y explotarlos. Los discriminan desconociendo olímpicamente las causas del abandono estatal, de la pobreza, de la explotación económica a la que siempre han estado sometidos desde dentro y desde fuera. Para el patrón extranjero, los “latinos”, aunque son muy “simpáticos, demasiado simpáticos, adorables pero no saben trabajar”; son débiles, ignorantes, “bastardos”, “zalameros y traidores” (198), “hombres vulgares” (206). En cambio los obreros extranjeros, los “peones rubios ganaban centenares de dólares extraídos de un suelo estéril que a duras penas podría sostener hambreados a los pobres campesinos. ¡Seguramente aquellos hombres eran extraordinarios! Ganaban quince dólares de jornal cuando el peón apenas recibía cuarenta centavos” (214). Mientras los taladradores alcohólicos, los aprendices de geólogos, los herreros y choferes de habla inglesa que formaban el personal flotante de las compañías, así como los empleados de cualquier categoría que se ocuparan de la extracción, refinación y tenían “salarios altos [...], hospitales modernos y bien servidos” (205), los nativos apenas si contaban con un mediocre servicio médico siempre y cuando estuvieran laborando en las petroleras, porque si se enfermaban -como era usual- perdían cualquier derecho (280) e iban a morir en “chozas miserables y barracas desparramadas” en medio del “campo inculto, cenagoso” (279).

Los patrones extranjeros, que presumen ser de raza única y privilegiada por un cierto “destino manifiesto”, discriminan, excluyen al otro que no se les parezca. Pero al margen de haber contado con oportunidades y saber acumular dinero, ningún valor humano les acompaña desde la perspectiva del protagonista. El médico Echegorri, que ha visto morir en el duro trabajo a muchos hombres aplastados por las máquinas exploradoras, bien lo sabe e irónicamente lo manifiesta:



“Los americanos de su tierra, señora McGunn, son hombres que se ponen el cinturón por debajo del ombligo, hablan por las narices, mascan goma y toman whisky. Esto los hace parecer absolutamente singulares y únicos” (213-214). Sin embargo, ellos no solo se atribuyen la prerrogativa de ser los “policías” del continente americano con la temprana consigna “América para los americanos” (1823) y “El destino manifiesto” (1904), sino también se creen misioneros que deben civilizar el resto del mundo. Cualquier medio sirve al inversor foráneo para, supuestamente, “emancipar a esos pueblos inferiores”, sacarlos del estado de pobreza y de barbarie e integrarlos a la “causa civilizadora”. Es la actitud mesianista y cínica de los miembros del Club Rotario Internacional (cap. 8) manifiesta en la idea de llevar a cabo una acción conjunta de hombres civilizados que exponen sus capitales y sus vidas “con el fin exclusivo de desarrollar la riqueza de estos países retrasados y de traerles una civilización nueva”, pero sin “darles importancia a estos nativos” (219). Están convencidos de que mientras más se incremente la explotación de crudos, sin importar los efectos sobre el entorno, más pronto llegará el progreso para todos, por eso creen que “las compañías deben unirse en un único esfuerzo para lograr la finalidad que nos hemos propuesto. El petróleo y la gasolina redimirán estos pueblos” (219). Sin embargo, como lo cree Carrera, la industria petrolera venezolana se funda sobre el peso de una “discriminación atroz” (2005, 126). Bien podría aplicarse aquí la idea de Cros (2011) de que “no hay ningún signo sin representación mental” (14). Los significantes “redención” o “civilización”, están pluriacentuados por el impacto que tales nociones representan a lo largo de la historia humana, sobre todo cuando provienen de una visión blanca eurocentrista o estadounidense. Esos signos serían pues, según Cros, “espacios cargados de memoria que articulan el presente con el pasado” (118). La noción de redención no significa lo mismo para las compañías y los Rotarios que para el pueblo. Para unos es la

afirmación de una voluntad de poder incontestable, mientras que para otros es sometimiento, “vergüenza, humillación y resentimiento del otro” (Héritier, 34). Es precisamente ese desprecio del medio natural y la segregación del nativo lo que, finalmente, lleva a estos a unificar su acción y participar en un frustrado movimiento reivindicatorio y de contestación contra el déspota invasor extranjero y los tiranos criollos porque la imposición de la fuerza sin justificación ni justicia es siempre tiránica, según Pascal.

Con este marco y como telón de fondo hay otro actor no menos funesto que la de las compañías, la dictadura. Al amparo del gobierno del General Gómez, y en nombre de una acción civilizadora occidental, se practica el exterminio de las tribus indígenas, en este caso los motilonos, que se encuentran en la frontera colombo-venezolana y cerca de los campos petrolíferos, con el uso de perros, gases tóxicos y bombardeos indiscriminados. Los gobernantes de turno aprueban los procedimientos que los directores de las compañías han acordado para terminar de una vez por todas con los obstáculos que se oponen a sus designios, porque “en el programa de defensa de ‘los intereses de la humanidad’ está acordada la abolición de las tribus insurrectas, salvajes y ‘canibalistas’ [...] El procedimiento se justifica, ya que nuestro objeto es civilizador” (219-220), afirman a coro los Rosaristas. Bajo la férula del “Benemérito”, el terror cunde sobre el pueblo, la represión hace de las suyas sobre la población indefensa y sobre aquellos pocos que no se someten a los arbitrios de los testaferros del sistema. En medio de este sistema perverso, el clientelismo y la corrupción hacen su agosto y llegan a todos los sectores de la administración pública. Una vasta red de espionaje y de soborno pasa por las oficinas de los Estados federados, llega a Caracas y se enreda “en el Congreso hasta envolver íntegramente a la Nación” (282). Con ella se busca favorecer los intereses de las compañías extranjeras. El dictador concede, además de un pueblo conformado por nuevos esclavos, todas las ventajas a las

compañías: exención de derechos de aduana y de importación de las maquinarias “por toda la vida de la concesión”, facilidades de transporte, permiso para portar armas y dar sobresueldos a los jefes civiles, disponer de trenes expresos y, como los extranjeros mismos cínicamente lo reconocen: “aquí nosotros mandamos..., somos los amos” (221). Para corroborarlo, basta con leer algunas de las “observaciones” –citadas en la novela a manera de documento inserto (intertexto)– que hace el Ministerio de Fomento Venezolano al Memorándum de las compañías tomado del libro *A Century of Industrial Progress* (1926) del norteamericano Robert Stewart:

Lo cierto es que nuestra legislación sobre petróleo 'es única hoy en el mundo, por ser la mejor para los intereses de las compañías'. Y mucho más importante que la bondad de la ley –y de esto parecen olvidarse los firmantes del Memorándum– ha sido la manera como se aplicó siempre esa legislación no sólo con justicia sino con excepcional equidad y lealtad y la más larga benevolencia hacia las compañías, de lo cual no hay parecido ejemplo en otros países... Multitud de resoluciones graciosas se han dictado para facilitar en cuantas formas y maneras posibles los trabajos de las compañías, y el conjunto de esa legislación se evidencia que en Venezuela se han concedido los más amplios favores o concesiones a los interesados; los plazos más largos, los derechos más fijos y más amplios, el menor número de impuestos y de los impuestos más reducidos que en ninguna otra legislación similar (221).

Sin embargo a todas esas garantías las compañías no corresponden de igual manera. El mismo gobierno venezolano que les había otorgado tantos privilegios reconoce entre dientes y se lamenta que ellas

introduzcan de contrabando todo tipo de artículos, hasta gasolina refinada, afectando con ello el comercio y el fisco de la Nación: “A la confianza, lealtad y cordialidad del gobierno corresponden instalando sus refinerías fuera del país, en Curazao y Aruba” (223). Ni en la compañía ni en la dictadura hay moral, solo el usufructo económico y el forcejeo por lograr los mejores dividendos. Por eso la expoliación del pueblo no cesa, los despojos humanos que dejan las compañías sirven luego de esclavos en la construcción de obras de infraestructura del presidente dictador con el prurito de la modernización del país, pero es solo un pretexto –y exigencia de las compañías– para poder transportar el petróleo y sacarlos del país con mayor facilidad. La gran carretera transandina que debe unir a Caracas con los Andes venezolanos, y estos con los centros petroleros, demanda el enganche, por la fuerza, de miles de hombres que perecen en ella sin gloria y con gran pena. La carretera –hecha de sudor, sangre y asfalto– cuesta tantas vidas o más que las que se tragan las petroleras. Así lo cree el protagonista: “La carretera debía comerse las sobras que dejaban los campos de petróleo” (238). Mientras el gobierno construye una supercarretera, los pueblos que atraviesa se mueren por falta de agua potable, electricidad, letrinas, hospitales y medios de comunicación. Como bien lo sugiere Enríquez (2004, 108-109), es tal la pulsión auto y mult destructiva del hombre, que no se contenta con apropiarse de la naturaleza que le sirve para su propia supervivencia sino que busca someterla, por eso no escatima esfuerzo alguno para saquear sus riquezas y, en combinación con este dominio, explotar y expoliar a sus habitantes naturales y, si se resisten, excluirlos, recluirlos, como ocurre en la novela con los exgenerales contestatarios, con los sindicalistas, o, simplemente, eliminarlos como le pasa al protagonista Gustavo Echegorri y a otros dirigentes huelguistas.

## ¿NOVELA HISTÓRICA? LA FORMA ES EL SENTIDO

Siendo un texto muy literario en su estructura formal, *Mancha de aceite* podría considerarse una novela histórica porque a través de la historia narrada y los muchos datos que va trayendo el narrador (elementos de otros géneros incorporados al texto) y sugeridos por el protagonista, en especial en el cruce de cartas clandestinas de este con su amigo Alberto que vive en Colombia, puede reconstruirse la historia de Venezuela, y parcialmente de Colombia, en las primeras décadas del siglo XX. Es un rizoma del capitalismo expansionista estadounidense en América Latina y de la dictadura de Juan Vicente Gómez –y de otras que actúan de manera afín–; imagen de lo que está sucediendo en el momento y va a suceder en otros lugares del continente latinoamericano durante todo el siglo XX. Varios hechos históricos de importancia pueden entreleerse en la novela:

- a) la disputa por el control de zonas de explotación petrolera entre estadounidenses e ingleses. Unos y otros venían librando desde comienzos de siglo una ruda y sorda pelea por el petróleo de Venezuela y Colombia<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> En el caso colombiano, desde el gobierno de Rafael Reyes (1904-1909) hasta el presente, los intermediarios en el país de las compañías extranjeras utilizan todo tipo de artimañas para obtener las concesiones de explotación de la riqueza petrolífera del país con un sinnúmero de ventajas (Sandoval, 1965). En la primera novela sobre el petróleo en Colombia, *Tras el nuevo Dorado* (1928) de Ramón Martínez Zaldúa, se puede constatar la intervención de Mr. Dort para favorecer los intereses de las compañías extranjeras, con la mediación de colombianos ambiciosos como Luis Lee que no tiene ningún escrúpulo para enriquecerse, no importando los medios utilizados: “Nadie ignoraba que [Luis] gestionaba negocios oscuros, defendía intereses de dudosa habilidad. Y, sin embargo, era respetado y querido por todos. Por estas cualidades, Lerma le buscó como agente y abogado de los poderosos intereses que representaba”.

- b) Grupos de abogados criollos se ponen al servicio de las compañías, particularmente la Shell y la Standar Oil, con el fin de enriquecerse sin importarles los efectos negativos para el patrimonio nacional. Eran reductos de traidores a los intereses de sus propios países y vivero de intrigas políticas y de maniobras financieras.
- c) En el mercado negro de las influencias pujan los dólares y las libras esterlinas para conquistar el apoyo de los amigos y parientes del dictador. Detrás de los inversionistas de Caracas y de Wall Street, aparecen el Foreign Office y el Departamento de Estado de Estados Unidos para estimular la codicia de quienes despotizan un pueblo cada vez más indefenso y sometido.
- d) Uno de los problemas que ha generado no pocos conflictos en América Latina en el siglo XX es el de las fronteras, y en la novela se alude indirectamente a las disputas entre Colombia y Venezuela, porque en la frontera de ambos se presume hay importantes yacimientos<sup>4</sup>.
- e) La concesión de yacimientos petrolíferos a las compañías extranjeras y el inicio de la explotación en Venezuela desde los años veinte estuvo mediado por una campaña de defensa de los recién llegados en los principales periódicos manejados por la misma elite que se beneficiará luego y que había sostenido al dictador desde finales del siglo XIX. Uribe había conocido de cerca este problema en ambos países. En Colombia las compa-

---

<sup>4</sup> En la novela anterior de Uribe, *Toá: narraciones de caucherías* (1933) muestra, en el conflicto con el Perú (1932-1933) durante el gobierno del dictador peruano Sánchez Cerro, el deseo expansionista de la casa Arana y de ciertas compañías multinacionales inglesas apoyadas por el dictador para controlar el mercado del caucho y otros productos naturales, así como para dominar el comercio y el transporte fluvial por los grandes ríos amazónicos.

ñías estadounidenses habían iniciado sus primeras exploraciones hacia 1914. En 1922 estaban ya en plena producción, y en 1923 se dicta una ley de hidrocarburos que favorece dicha explotación (Villegas: 80-107)<sup>5</sup>.

- f) La localización de yacimientos de petróleo en la región del Catatumbo (Norte de Santander) y en el Estado Zulia, Venezuela, asiento de los indios motilones, es la justificación para su exterminio. En este marco histórico como fondo, la novela emprende su rumbo a través de las acciones y visión del protagonista y narrador que va desnudando ese complejo y dramático mundo en el que la condición humana queda puesta entre paréntesis<sup>6</sup>.

*Toá* y *Mancha de aceite*, son dos novelas ejemplares de Uribe con respecto a la llamada “literatura social” que tiene una gran acogida en América Latina entre los años veinte y cincuenta del siglo XX y se la denomina de diferente manera según su eje temático: “novela de la revolución”, “novela antiimperialista”, “novela indigenista”, “novela del petróleo”, etcétera. (Sánchez, 1968); pero todos estos subgéneros recrean de una manera más o menos realista y de modo simple o complejo, los muchos conflictos que viven las sociedades latinoamericanas en el concierto de un capitalismo expansionista e

---

<sup>5</sup> Los años siguientes están marcados por violentas represiones contra los huelguistas de las compañías petroleras, particularmente de la Tropical Oil y de las bananeras (1928) (Torres, 1975) que bien se recrea en *Cien años de soledad*. Es la consigna del New Deal o política “de la buena vecindad”, que no significa otra cosa que la de apropiarse de materias primas a muy bajos costos, con una alta cuota de sacrificio económico y humano por parte de los latinoamericanos.

<sup>6</sup> Por no ser el objeto central de este artículo, lo de *Mancha de aceite* como novela histórica es un asunto a desarrollar en próximo trabajo.

inhumano de su tiempo. Siendo Venezuela el país donde más se han publicado novelas sobre el tema del petróleo, *Mancha de aceite* es, según el especialista venezolano del tema, Gustavo Luis Carrera, la mejor novela sobre el asunto, es para él un “hito decisivo” (51) pero, paradójicamente, no se lee en su país porque es de autor colombiano y tampoco en Colombia porque es de tema venezolano. Al margen de esa paradoja y a pesar del predominio de lo social en la narrativa latinoamericana, del compromiso ideológico de los escritores en una época de polarizaciones ideológicas, la novela de Uribe no cae en el realismo socialista o moral y menos en el panfletarismo, al contrario, es un texto único a nivel de la expresión y de su propuesta estética<sup>7</sup>.

La novela está compuesta de una presentación y dedicatoria del autor, tres partes, 32 capítulos y 24 ilustraciones del pintor Gonzalo Ariza que corresponden de tal manera con la historia narrada que podría seguirse la misma solo con las imágenes por su capacidad de simbiosis narrativa. Es una novela moderna en su forma por estar compuesta de varias historias que al cruzarse confluyen en dos historias axiales: la de la vida del protagonista y los hechos de la sociedad de su tiempo. Es un relato que se construye y deconstruye continuamente por la diversidad de voces que intervienen, los puntos de vista distintos y, a veces, contrarios sobre los mismos hechos (Doc, Peggy, Alberto, McGunn, etc.). Hay un manejo complejo del tiempo narrativo que quiebra el orden lógico en el plano de la historia y del relato (anticipación, retrospectión, elipsis, resumen). Se introduce una multifocalidad narrativa y polifonía, aun si la historia está conducida por un narrador externo casi siempre objetivo.

---

<sup>7</sup> Por ser *Mancha de aceite* una novela singular y novedosa desde el punto de vista de su estructura formal y concepción estética, hay un trabajo en curso sobre este aspecto, al igual que sobre su recepción.



A manera del collage se incorpora en el discurso e historia central otros tipos de discursos: correspondencia, panfletos, memorandos, ilustraciones, canciones, formas tipográficas diversas, palabras y frases en distintas lenguas. Se observa un manejo recurrente de la elipsis en muchas partes del texto, además de silencios, puntos suspensivos, múltiples puntos suspensivos, espacios en blanco, particularmente en la correspondencia o mensajes intercalados para ratificar la naturaleza abierta y sugerente del texto.

Todo el texto, sobre todo el intercambio de cartas entre Gustavo y su amigo Alberto, está lleno de suposiciones. Hay a veces información que el lector ignora e incluso el narrador, y se conoce a medida que avanza el relato. Otras veces la información apenas se anuncia o sugiere en un presente del relato, pero los hechos se dan más tarde (prolepsis). O pasa lo contrario, ya avanzada la historia se conoce hechos del pasado (analepsis) que habían quedado en suspenso, enunciados elípticamente o apenas sugeridos o, incluso nunca se esclarecen, lo que deja el texto abierto con respecto a la realidad y el lector. Aun en esto es moderno el texto al dejar un gran espacio al lector para que interactúe con él, al fin y al cabo es parte consustancial del texto, a él se dirige y sin él no cumple su natural función, ser leído. Lo que observamos en la novela, ya Tinianov en 1924 lo había resumido conceptualmente con una lúcida expresión que revela la verdadera naturaleza del texto literario: “la forma es el sentido” (8), porque el uno depende del otro, se validan mutuamente; el significado no puede existir fuera de la estructura que garantiza ser lo que es. O en la idea de Cros de que si toda expresión semiótica está fundamentada en una representación mental, el texto es necesariamente un gran recipiente y a la vez alambique de signos que llegan de todas parte, del presente y del pasado que se cruzan y entrelazan, se autorregulan y generan su propia dinámica. El texto “es un espacio semiótico en el que

se entrecruzan voces (sujetos colectivos) venidos de horizontes y tiempos históricos que reproducen y redistribuyen sus intenciones y contradicciones” (110)<sup>8</sup>.

Siguiendo esta idea, la novela se caracteriza por una fragmentación formal, igual a la que se observa en el momento social e histórico que se vive (explotación, dictadura), incluso, en la postura problemática y ambivalente del personaje. La incorporación y coexistencia de diversas modalidades discursivas (igual que la coexistencia de distintos sistemas de producción, fuerzas productivas, ideologías) corresponden perfectamente con su estructura significativa, es decir, con un mundo altamente conflictivo y a punto de producir un doble efecto, implosión y explosión. Una progresiva anomia se instala en un mundo que comienza a fisurarse y debe desaparecer como tal. Mediante la superposición, cruce y fusión de los diversos ejes temáticos, el texto impone su propia forma atomizada. Así, forma y sentido interactúan el uno sobre el otro en permanente reciprocidad<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> En su último libro *De Freud aux neurosciences et à la critique des textes* (Paris, L'Harmattan, 2011) y basado en algunos estudios de Freud, la neurociencia y Bajtín, Cros reafirma la idea que ya había esbozado en el comienzo de sus trabajos críticos de que “no hay nada en el texto que no haya pasado por la conciencia” (175) y por sus modalizaciones: lo consciente, lo no consciente y lo inconsciente. Ya en 1976 en su *Propositions pour une sociocritique* plantea que en el texto se da, desde la perspectiva de la sociocrítica, “un sorte de saisie simultanée de l'histoire et de la sémantique, de l'histoire à travers la sémantique et de la sémantique à travers l'histoire, en posant pour hypothèse principale que les transformations de l'une en font que reproduire les bouleversement de l'autre [...] En effet, les structures de société et par voie de conséquence, leurs évolutions (ou leurs bouleversement) sont créatrices de sens, dans la mesure où elles se répercutent sur les axes paradigmatiques [...], sur les lexicalisations et sur les structures de textes entre autres” (113-114).

<sup>9</sup> Sobre el tema de la modernidad de la novela, véase: Escobar, Augusto, “Americanismo y modernidad en *Mancha de aceite* de César Uribe Piedrahita”, XXIII

## DEPREDACIÓN DEL MUNDO NATURAL

Cuando Rómulo Gallegos afirmaba en 1929 que América era —y sigue siendo— “tierra abierta y tendida, buena para el esfuerzo y para la hazaña, toda horizontes como la esperanza; toda caminos como la voluntad” (1929, 2009: 63), Alfonso Reyes entendía después y quizás por esto que “en la investigación y descubrimiento de nuestro ser americano, el paisaje, en el más vasto sentido del término, debiera estar siempre presente” (1996: 238). ¿Qué representación tiene la naturaleza en *Mancha de aceite* a la sombra de un mundo de intrigas, tejemanejes políticos y expoliación extranjera? Desde el inicio del texto el narrador nos introduce en un espacio asolado por la tecnología moderna, por desechos materiales y humanos que se vierten en un enorme lago que a su vez es golfo y laguna; amplio en el sur, se estrecha luego como “una vejiga para desaguar en los senos negruzcos del Caribe” (185). Antes había sido un mar natural rodeado de vegetación, “era la salida al mar fantástico de las islas Caribes” (193), que recogía del mar antillano “las brisas y los ecos de las islas coralíferas pobladas por antiguos esclavos de olor africano” (185). Pero ahora ese lago es viscoso, informe, y de él se desprende un olor nauseabundo que “oprimía a los hombres y anestesiaba a las bestias” (309). De esa inmensa concha que ayer acogió el rumor del mar vecino, “cuajado de aventuras y hendido por doradas proas ornadas de quimeras” (193), en el presente debe soportar “la tortura del taladro, de los buques-tanques y de las lanchas roncadoras” (193). Sobre la tierra que rodea al lago, como

---

International Congress of the Latin American Studies Association, Washington, DC, September 6-8/01; y en: *Universitas Humanistica*, 29, 54, 2002, pp. 31-41.

en un paisaje del oeste estadounidense, una barraca techada de zinc exhibe un polvoriento letrero de “Estación del Gran Ferrocarril” y acoge a hombres ilusos que esperan hacer fortuna. De allí parten viejos furgones de carga transformados en vagones de pasajeros con su hacinada carga humana, junto con la comida y herramientas, para las nuevas estaciones petroleras de las estribaciones de la cordillera donde el cielo límpido de antaño se ha convertido en “un cielo azul de metal recalentado y tierra en ascuas” (263). Es ya una tierra embadurnada por un líquido oscuro, asfáltico, y estremecida por un torrente de fuego que mana de sus entrañas. Las líneas sin contraste del horizonte se borran con un aire de fuego que hace ver imágenes delirantes, como lo narra un inmigrante estadounidense: “Yo vengo de Arizona y no puedo dejar de pensar en mi país cuando atravieso este infierno. Hace algunos meses vi en el aire un buque de vela... buque enorme, fantasma, con las velas hacia abajo... Un buque de aire” (263). No hay en todo ese vasto espacio que rodea el lago un resquicio de sombra ni de vida. Todo ha sido barrido por las máquinas y hollado por las perforadoras que no cesan día y noche de escarbar los entresijos de la tierra. Apenas se perciben “escasos matorrales espinosos, cactus como pétreos candelabros hebreos y piedras erizadas de cristales [...] No había sombra. Todo era luminoso y caldeado [...] en aquel escenario de infierno” (263). El desierto infernal de las petroleras disuelve lo natural, crea espejismos, refracta la realidad como si la naturaleza hollada quisiera vengarse de su intruso invasor. Lo humano no puede resistir ese espacio que ha perdido todo carácter de hospitalidad, que se ha desnaturalizado con el contacto extrañador y devastador de la máquina extranjera:

Gustavo no podía mirar, ni podía sentir. Hacía rato que lo había invadido un sopor analgésico que lo transformaba lentamente en una masa sudorosa, en una cosa que

empezaba a fundirse y a perderse en el todo luminoso del desierto (263).

El médico apenas si recuerda los ya lejanos “ríos y los mares multicolores que había recorrido en piraguas o vapores”, bajo otra naturaleza más pródiga en el mismo continente americano, “en pos de sueños intangibles” (185). En cambio ahora todo, en suma y tal como lo percibe el mismo narrador, es un “disloque de perspectivas, contradicción de distancias, inversión de valores” (263). En esa tierra de petroleras nada pelecha, “en ese desierto no había ni insectos, ni gusanos, ni vida. En los campos petroleros de Falcón había sed, hambre, melancolía” (266). Los hombres deambulan como fantasmas, acosados por la miseria y el abandono. “Aquí se muere todo, doctor Echegorri, dijo el gringo. Más allá, cuando salgamos de este lago de barro seco como un ladrillo, se empieza a encontrar gente. ¡Pero qué gente! Flacos, hambrientos... y solos” (263), hombres “asados en el horno de los cráteres o momificados por el aire candente” (266)<sup>10</sup>. Los hombres pierden el sentido de la realidad. La mirada no tiene a qué asirse dado el trastrocamiento del tiempo y del espacio. Hay una pérdida progresiva de la noción del tiempo y hasta de las sensaciones. La vida se ha fugado. En síntesis, es el comienzo de un ecocidio<sup>11</sup> en América Latina que no tendrá

---

<sup>10</sup> Esta somera descripción recuerda al desolado paisaje jaliense de los cuentos de Juan Rulfo, sobre todo de “Nos han dado la tierra” (1945).

<sup>11</sup> “Ecocidio” es un concepto registrado en 1969 en la *Encyclopedia Science Supplement* como “murder of the environment; is everybody’s business”, y luego en 1991 en *Collins English Dictionary. Complete and Unabridged*. La experiencia histórica que da lugar a esta noción es con la guerra de Vietnam (1955-1975) y sus efectos devastadores por el uso de químicos y desfoliantes como el glifosfato (producto de Monsanto) por parte del ejército estadounidense a comienzos de los

pausa hasta el presente, porque nada ni nadie puede detener a las máquinas devoradoras ni al gran capital detrás de ellas. “El asalto moderno contra la naturaleza y génesis del ecocidio”<sup>12</sup> tienen lugar a mediados del siglo XIX con el surgimiento del capitalismo, que se exacerbará en el XX y sigue su carrera loca e indetenible en el XXI.

América Latina, subcontinente en ebullición, es una región en formación no sólo geomorfológicamente, sino también económica, política, socialmente, y de inmensas riquezas que estimula todos los apetitos. Por su carácter de territorio en proceso de desarrollo desigual, contradictorio, coexisten en él dos o más modelos sociales y económicos distintos; es el ámbito por excelencia, en la idea en ese momento de Ortega y Gasset, de la convivencia de “tiempos vitales distintos” o contemporaneidad de lo no coetáneo (1933: 1)<sup>13</sup>. Por esa condición inestable, balbuciente, susceptible a los movimientos e ímpetus internos e influencias externas, pero sobre todo debido a sus enormes recursos materiales y la potencialidad de la mano de

---

años setenta. Sin embargo, los primeros experimentos los realiza el Pentágono en Colombia contra los campamentos de guerrilleros del recién nacido grupo FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) en las selvas del sur de Colombia a finales de los años sesenta.

<sup>12</sup> Véase cap. 3º de *Ecocidio: breve historia de la extinción en masa de las especies*, de Broswimmer, ob. cit.

<sup>13</sup> En 1933 y desde una cierta perspectiva positivista, Ortega plantea que en un momento dado de la historia de una sociedad coexisten distintas formas de vida, de pensar, de actuar de sus habitantes. Por eso afirma que lo contemporáneo no es coetáneo y a eso lo llama “el anacronismo esencial de la historia. Merced a ese desequilibrio interior se mueve, cambia, rueda, fluye. Si todos los contemporáneos fuésemos coetáneos, la historia se detendría anquilosada [...] en un gesto definitivo, sin posibilidad de innovación radical ninguna”. “Los tres ‘hoy’ diferentes de cada ‘hoy’”, *La Nación*, Buenos Aires, 10-7-1933, 2ª sec., p. 1; y en: “Idea de las generaciones I (1933)”, *Obras Completas V*, Madrid, Alianza, 1994.

obra, Latinoamérica ha estado siempre en la mirada e intención de los imperios; ha sido objeto de todos los convites pero solo como invitada de piedra o, como dirá un poeta, “ha llegado tarde al festín de la historia cuando ya están doblando los manteles y apagando las luces”. Sin embargo y como dice la expresión popular, “no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista”. Si el siglo XX fue el de todas las exacciones, el XXI se augura como el del despertar de los otrora tiempos de marginación, o como bien lo expresara Caballero Calderón, Latinoamérica “tiene delante de sí un porvenir tan vasto como su geografía” (1953). Con certera precisión y dejo amargo e irónico, el narrador muestra al lector –como en una película– los primeros planos del accionar de las máquinas que devoran la tierra y los hombres ante la actitud impávida y despreciativa de capataces y administradores, salvo cuando la tierra vomita chorros negros. Generaciones de jóvenes nativos son engullidas por la tecnología para satisfacer la insaciable voracidad de los buscadores del nuevo oro. Los hombres no cuentan para el capital, solo son en su momento piezas necesarias de un sistema de engranaje de torres, poleas, cadenas..., pero prescindibles luego –“bagazos” (291) – cuando el objetivo se logra.

Se alzaba ya la inhiesta torre de acero colocada sobre el lugar que los geólogos bautizaron con orines. Las colinas arañadas y rotas por las rampas que sirvieron de camino estaban atestadas de fragmentos y rodajes de máquinas destinadas a la perforación. Hacia abajo corría un arroyo sulfuroso eructando vapores fétidos y calientes [...] Veinte mulatos semidesnudos recargaban sus cuerpos sudorosos y anémicos contra el vientre del monstruo...

-¡Hell! ¡Carajo, “hombris”! ¡Pujen la caldera! ¡Carajo, “hombris”!

-¡Vaah!... ¡Vaah!... Pero, la masa poderosa no se movió. Sin ruido, o si acaso la tierra se quejó, su lamento perdióse entre el roncar de los motores de explosión y los gritos de los capataces [...] No hubo tiempo. Varios gritos, desorden, rodar de pedruscos y barrancas. Bajo la tarde impasible la torre de acero se inclinó, quiso retorcerse sobre su eje y se desplomó barriendo los fangales [...] y arrastró los fragmentos de las máquinas, las casetas y los postes hasta precipitarse con fragor de ventisquero sobre el arroyo y sobre el puente. Giró al golpear la caldera y alcanzó a los mulatos enterrados en el fango, inmóviles por el terror y desfallecidos por el esfuerzo.

-¡Damned it! Siempre lo he dicho, Doc, aquí nada sirve. La tierra no aguanta un empujón. Apuremos a ver que queda de esos "hombres". Menos mal que sólo son pioneros [...] No valen nada... En las charcas, aprisionados por las barras y traviesas del esqueleto gigante, vio Gustavo asomar hombros y piernas, caderas y cabezas. Alguien se quejaba en el pantano y más allá otro pedía "por la Virgen" que lo sacaran pronto y lo dejaran vivir. La maniobra fue larga y pesada. Entró la noche y a la luz de reflectores y linternas fueron colocándose en serie los heridos allí y los fragmentos de hombres más allá. Masas informes, rostros destrozados, vísceras cubiertas de fango, vientres rotos, piltrafas de carne. ¡Carne maltrecha y machacada! Seis, siete, nueve... aún faltaban y el arroyo crecía (189-190).

Mientras los hombres son aplastados por las máquinas, la joven naturaleza es desventrada por las perforadoras y los martinetes día y noche. Pronto los chorros de aceite van esterilizando todo a su alrededor. Un fragmento textual casi al comienzo del texto da cuenta



de la manera como los gigantes taladros desgarran la tierra y van dejando un panorama de desolación en su entorno sin que esa labor depredadora importe al gran capital.

Bramó la tierra y se estremeció hasta sus axilas. Retembló el suelo y con pujidos estruendosos, silbos y estertores, vomitó a lo largo de los tubos, contra la torre y hasta el cielo, el eructo negro que arrastró consigo el martinete, los cables, las traviesas, vigas y armazones retorcidas de la torre gigante y erizó sus costados de herrajes, alambres y planchas rotas. Parecía que hasta el sol llegaban las escupas del aceite asfáltico. Crecía el desorden entre las masas humanas aterradas que huyeron contra los alambres barbelados, saltando o arrastrándose por entre la red de tubos, los ejércitos de torres y las líneas de tanques panzudos [...] Siguió zumbando el aire y roncando la tierra bajo la lluvia espesa y pestilente del aceite maldito, que cubrió el paisaje, marchitó las hojas, ahogó los árboles y sumió, bajo su masa glutinosa y adherente, los millares de insectos, gusanos y sabandijas que poblaban el suelo [...] Seguía el fragor de tormenta y el bramar angustiado de las vísceras de la tierra herida. La mancha de aceite crecía sin cesar cubriendo kilómetros en la tierra y millas en el agua [...] La infernal chimenea seguía vomitando la pasta líquida que penetró en los resquicios y bañó las cimas de los collados desnudos. El aceite se insinuaba a través de los poros de las rocas mismas y rellenaban el seno de los valles [...] El horrendo cráter metálico continuaba expectorando los pulmones desgarrados de la tierra. “¡Atrás, todo el mundo!”. “No fumar”. Faltaba alguien que encendiera un hilo de la baba negruzca, para que la tierra hasta sus

cimientos se hubiera transformado en una pavesa. “Atrás, todo el mundo”. Y la mancha seguía creciendo (209-210).

En las montañas, los bosques, cultivos, granjas y caseríos quedan al garete porque un día sus ocupantes lo abandonan todo tras el espejismo de mejores salarios en las petroleras, pero que a la larga solo les trae más miseria, mutilaciones, invalidez o muerte. De los bucólicos campos solo quedan “cuatro cabras, quizás una gallina semidesplumada, un perro sarnoso y un hogar sin fuego. Desolación y miseria” (265), y lo demás, “matojos de cafetos cubiertos de lamas y parásitas [que] formaban el conjunto de lo que allí fue una 'estancia'. Los cámbulos se desangraban sobre la sombra violácea de los cafetales en ruinas. Acacias espinosas, cardos y epifitas adueñábanse de los resquicios húmedos de la ribera y de los troncos” (212). Los habitantes de los pueblos vecinos a las petroleras no viven mejor. Ven pasar sus vidas en chozas miserables desparramadas por el campo inculto, cenagoso y “callejuelas carcomidas por arroyos profundos” llenos de “basura y de detritus de naturaleza indescriptible. En el paisaje flotaba un olor penetrante de cubil y de materias fecales” (279). Pero los que habitan en la laguna o barracas de las compañías tampoco tienen mejor suerte. Viven en ranchos insalubres donde cohabitan en promiscuidad hombres, mujeres, niños, enfermos como Salvador, Julio, Máximo, el Cojo Lucas y tantos otros que habían trabajado en distintos campos petroleros y ahora eran remedos de seres librados a su propio destino, “deshechos por la disentería, quemados por la fiebre, ahogados por los edemas y los derrames serosos [...] El desamparo y la muerte roían los cadáveres vivientes de una decena de hombres” (292). Como bien lo sintetiza el narrador: “esa era la suerte de todos, de millares de peones. Los cartuchos vacíos, los bagazos del trapiche tremendo. Salían sin sangre después de pasar por el servicio de las petroleras” (291). Aquella tierra convertida en

erial, no discrimina sus víctimas. Los extranjeros venidos de más allá también caen bajo el asedio de las plagas tropicales, de las fiebres maláricas, del tedio, de la soledad.

Estaban flacos, febriles y solos aquellos muchachos. A pesar de la adulación, las conservas, la quinina y la protección majestuosa de su bandera nórdica, esos hombres sufrían aplastados por el dolor y por la fiebre. Salidos de las mejores universidades, recomendados por los magnates del petróleo y de la banca, vinieron a hacer sus primeras prácticas al “Dorado” de los campos petroleros de Suramérica, un continente que ellos confundían con Suráfrica. Llegaron convencidos de enriquecerse fácilmente y plenos de ilusiones, con su fardo de cámaras, prismáticos, carabinas y trampas para cazar leones o jirafas. Nada de lo que allí necesitaban. Arrastrados por un pequeño ideal de aventura, aquellos extranjeros estaban destinados a servir, primero de esclavos y luego de cómplices (232).

Cierto es que los campos petroleros dejan exangües los pueblos y granjas, pero a esta peste extranjera, otra le llega a las víctimas o restos humanos: la gran carretera transandina. El presidente dictador requiere del concurso forzado de una innumerable tropa de campesinos a los que se les obliga trabajar hasta la inanición. Es lo que el médico Echegorri puede constatar en el marco de la plaza de uno de los tantos pueblos alrededor de las petroleras, una “fila interminable de hombres amarrados por el cuello y por los codos que desfilaron frente al hospital hacia los patios de la Casa de Gobierno. Pensó que la carretera costaría tantas vidas y tanto dolor, o más, que los que reclamaban el Campo de Onia, las perforaciones de Los Barrosos y Dabajuro. La carretera se tragaría toda

aquella tropa de campesinos esclavos. La carretera debía comerse las sobras que dejaban los campos de petróleo porque, como lo afirma el narrador “había una extraña relación entre los petroleros extranjeros y las carreteras oficiales” (291). Este panorama de expoliación económica, política, social y humana va tejiéndose poco a poco ante los ojos y la conciencia del protagonista. La realidad se impone por el peso de su propia materialidad y no le queda otra alternativa que, o someterse al sistema, enajenarse a él con gran beneficio personal y económico como le proponen algunos ejecutivos de las compañías y la misma amante, o asumir conscientemente y con el riesgo que ello implica la defensa de la causa justa de los explotados. Doc opta por esta última alternativa luego de ver tanta ignominia:

un sentido nuevo de la existencia había penetrado su personalidad hasta entonces indefinida. Sentía que su espíritu cobraba fuerza y decisión. Si en los años vividos al margen de la vida real de los campos de petróleo, presintió la tragedia de los hombres esclavos de la industria devoradora, en los pocos días de contacto con la llaga viva, se había saturado del dolor de la masa dispersa e ignorante de su fuerza y capacidad (281).

A medida que va descubriendo el complejo entramado de las multinacionales, del Estado y de una casta privilegiada que se mueve en ese mundo de doble moral, de maquinaciones y maquiavelismos, más se afianza en sus propias convicciones humanistas. No puede permanecer dentro de ese sistema perverso y mucho menos continuar indiferente a esa disolución moral y social. Se ve impelido a actuar después de que, por voluntad propia, decide retirarse de la compañía para dedicarse a ayudar a los obreros y sus familias.

Sin ningún nexo con las compañías explotadoras, libre y solo, podía acercarse a la clase que daba su sangre para que los amos la cambiaran por petróleo. Conocía muy de cerca los modernos sistemas de esclavitud y de explotación. Penetraba en los secretos de los pagarés y de los bonos timbrados con el sello del comisariato. Vigilaba a los Anselmos [traidores], a los agentes provocadores, a los seudosocialistas, a los parásitos... Conocía ya el vasto sistema de espionaje y de soborno que descendía desde las oficinas de la Superintendencia, trepaba hasta Caracas y se enredaba en el Congreso para envolver íntegramente a la Nación. La correspondencia con Colombia, los fragmentos de periódicos, las noticias de concesiones y contratos, todas las artes y sutilezas de los agentes y observadores, decíanle que los tentáculos del pulpo llegaban más allá de las cuestiones políticas, industriales, atenzaban al trabajador; lo explotaban y escurrían en beneficio de unos pocos (281-282).

Una conciencia clara y compromiso con una visión particular del mundo más justo, igualitario, libre, va imponiéndose en él hasta convertirse en el orientador de la mentalidad de aquellos que apenas si comienzan a ver y a comprender su verdadero destino en medio de un espacio natural privilegiado que está a punto de desaparecer porque un solo móvil interesa a los imperios en el nuevo siglo XX con respecto a los países que apenas emergen, la expansión territorial y el rendimiento económico tal como el mismo protagonista lo intuye: “un horizonte amplio y luminoso se abría en el porvenir de su existencia. Comprendía claramente que todas las teorías y dialécticas ensayadas para ocultar la verdad eran inútiles. No había otro problema fuera de la cuestión económica” (282). Bien evidente

es que esta visión histórica del momento muestra una impronta del materialismo histórico, aunque nunca Uribe defendió una causa particular política, salvo la de la justicia social en todos los campos. Las dos fechas de la novela, la de la diégesis, a mediados de la década del veinte, y la de publicación, 1935, ambos son momentos de entreguerras y de auge económico capitalista. Desde el punto de vista de la historia, los hechos pasan seis años después de la Primera Gran Guerra que dejó tanta miseria económica y moral y se está en proceso de reconstrucción y “boom” económico mundial. Igualmente transcurren seis años entre la aparición de la novela y la debacle de la Bolsa de Nueva York en 1929, que puso en jaque la economía mundial y mostró la avidez del capitalismo y su afán especulativo –fenómeno repetido recientemente y del que no se sale–. Luego de cada uno de esos eventos mayores del siglo XX, se entra en una etapa de desarrollo y crecimiento acelerado sin pausa para reconstruir la economía mundial, para ello las multinacionales se vuelcan hacia los países de nulo o escaso desarrollo para apropiarse de materias primas a bajo costo. Esto es lo que se observa en la novela y Uribe cuestiona, lo mismo que se vive hoy como si fuera un espejo y el tiempo no hubiera transcurrido, negando el principio heraclitiano de que “no nos bañamos dos veces sobre el mismo río”. Así, como lo proponen algunos teóricos, y muy tempranamente Uribe, la economía sin obstáculos o libre mercado se convierte progresivamente en la única preocupación y “el dinero es erigido en valor supremo” (Enríquez: 110). En estas condiciones las multinacionales pasan del estado de organización a instituciones más allá de los Estados, es decir, elementos esenciales de la mundialización, control global de la economía y “homogenización del mundo” (Enríquez: 118). En la novela, casi igual que hoy, todo se maneja desde Wall Street y Londres.

Claro es que esa conciencia lúcida del protagonista no era posible en ese mundo. El empeño desmedido de unos pocos por tenerlo

todo a costa de una mayoría desposeída e inerme, produce una colisión de fuerzas desiguales, opuestas y explosivas que trae como consecuencia, en un momento dado, un “frenesí” colectivo que busca contrarrestar el “monopolio de poder” (Maffesoli, 2004: 50). El látigo y la ambición que reprime violentamente a los inconformes, a los desposeídos, a los huelguistas, rebota contra los gestores de esa violencia. El sacrificio del médico, como un chivo expiatorio, y de los que lo acompañan en esa gesta liberadora, es la chispa que desencadena el simún de fuego arrasador al final de la novela a manera de metáfora. Con ello se impone también un sentido sensato de la historia: no hay alienación humana ni depredación natural que no termine rompiendo sus propias cadenas.

El reflector volvió a repasarlos y una ráfaga, continua como una guadaña, resonó desde el piso alto. Cayeron los hombres del frente cegados por la metralla. Félix dio un grito y cayó de espaldas. La pierna de palo quedó cogida entre dos piedras. Martín se dobló sin protesta. El Coriano rodó escarbando el suelo. Y el médico... abrió los brazos, se dobló primero hacia atrás y luego se retorció sobre las piernas y aró el suelo con la cara. Hilos de sangre que manaban de su boca corrieron sobre las yerbas y penetraron en el suelo. Los brazos en cruz abrazaron la tierra... La sangre siguió corriendo en hilos tenues y calientes [...] hasta bañar las matas y emparar los terrones sedientos (316).

La imagen de unos brazos en cruz que abrazan la tierra remite intertextualmente a la muerte de un hombre bueno, justo, cuyo sacrificio no debe ser en vano. Es la inmolación del padre (médico solidario, protector, dedicado) que debe traer redención, porque su acción e ideas deben ser secundadas por otros Docs. Sin embargo

y simbólicamente en la novela se hace justicia poética y será la naturaleza la que la imponga con el fuego que todo lo consume. La ambición insolente de las compañías y de la dictadura termina convirtiéndose en un nuevo Midas que contamina todo lo que toca como si fuera una peste. Peste que, paradójicamente y como un bumerang, va extendiéndose por todas partes y despertando a la tierra de su letargo. La naturaleza necesita restituir lo perdido, renacer por el fuego como ocurre cíclicamente en las vastas praderas o como lo hacen los campesinos después de recolectar la cosecha y preparar los campos para la siguiente. Así, al final de la novela, una mancha de aceite se venga metafóricamente al extenderse alrededor de las compañías, al cubrir todo lo que ha sido hollado con una masa viscosa que opaca el firmamento y ciega a los hombres por su insolente codicia. La mancha negra como la peste bubónica a la manera de Defoe no detiene su marcha, como no detienen los hombres su voraz apetito de riquezas, no importando cuales fueren los medios utilizados. Lenguas de fuego apocalípticas recorren las tierras de “conquista” acabando con todo vestigio donde se impuso el despojo. El fuego termina imponiendo su ley al arrasar el espacio infestado; es forma purificadora a tanto mal infrigido.

Saltó la torre envuelta en un torbellino de llamas [...] A la explosión siguieron otras [...] Un semicírculo de fuego envolvió la colonia de San Fernando y fue cerrándose sobre el lago que temblaba sacudido por el reflejo fantástico de los chorros encendidos [...] El fuego mordía las nubes con sus dientes rojos. El fuego abatió las torres, devoró los edificios y corrió desbordado por las colinas hasta el lago. Hervía el agua en los arroyos [...] La pira simbólica se ensanchó por la tierra, sobre el lago y disparó contra el cielo sus lenguas erizadas de saetas. La hoya petrolífera



amenazaba convertirse en un horno, quemarse en holocausto de venganza, de muerte y purificación. El fuego siguió gritando y el agua y la tierra gimiendo. ¡El fuego devoró la mancha de aceite! (316-318).

En esa sociedad que nos describe Uribe, impera una sola forma de poder y una sola voz. Es la palabra la que traza la línea de demarcación entre ese poder y los que lo padecen. Hablar en ese medio es ante todo tener el poder de hacerlo sin que se interponga ninguna otra voz. Los que ejercen el poder aseguran siempre la dominación, el control absoluto de la palabra. Por eso los que dependen o están sometidos a ese poder, se ven obligados ineludiblemente, según Clastres,

al silencio, reverencia, temor. Palabra y poder mantienen relaciones tales que el deseo del uno se realiza por la conquista del otro [...] El hombre de poder es siempre no sólo el hombre que habla, sino la única fuente legítima de la palabra: palabra empobrecida, es cierto, pero eficiente, pues ella tiene nombre de “mandamiento” y quiere solo la “obediencia” del ejecutante [...] Poder y palabra mantienen una relación mutua, cada uno es sustancia del otro (1974: 133).

El hombre blanco colonial de antes y el de ahora representado en las multinacionales son figuras históricas que se consideran la conciencia del mundo, no en términos de hacer despertar en los otros la conciencia de su autonomía y autodeterminación, todo lo contrario, son poderes depredadores neocoloniales que buscan imponer una sola manera de ver, pensar, actuar, como si no hubiera sino una única posible. Esa visión de sociedades neoimperiales que parten a la

conquista del mundo para apropiarse de los recursos que les urgen, es la raíz de la civilización nórdica occidental. Para que al interior de sus fronteras esas culturas dominantes duren, sus instituciones y medios de comunicación ejercen un poderoso efecto narcotizante que homogeniza el pensamiento y no pocas veces actúa como control, censura y manipulación a través de la educación. Pero más allá de sus fronteras, sus relaciones con los otros, que a veces pasan por la mediación simulada de la educación, comienzan por su necesaria destrucción, incluyendo la naturaleza (Monod, 1972). Con el acelerado desarrollo tecnológico actual, la sociedad mundial globalizada se acerca a una postura ecofágica (Freitas, 2000)<sup>14</sup> o destrucción inescrupulosa de ecosistemas, porque al buscar materias primas en un mercado cada vez más competitivo y sin control alguno, no solo se altera el paisaje, se vuelve inerte la tierra con su destrucción y desechos tóxicos, sino también se modifica el comportamiento de sus naturales habitantes, se aniquila su mentalidad y vida (éxodo, hambre, guerras, apetito de poder).

---

<sup>14</sup> Aunque Freitas acuña el término sobre todo aplicado a los posibles y funestos efectos de una nanotecnología no controlada, a bacterias resistentes, omnívoras, que pueden llevarse de un lado u otro o expandirse con el viento y destruir fácilmente uno o muchos ecosistemas, incluso afectar el planeta. Robert Freitas, Jr., "Some Limits to Global Ecophagy by Biovorous Nanoreplicators with Public Policy Recommendations", *Foresight Institute*, 2000, <http://www.foresight.org>.

Por extensión se habla de "ecofagia" cuando por cualquier recurso tecnológico o circunstancia histórica se altere un medio natural o ecosistema mediante una explotación inmoderada; se extingan especies por efecto de monocultivos; se genere un exceso de población que traiga como consecuencia hambrunas, destrucción de bosques para la subsistencia, guerras; haya confrontación entre dos o más países que lleve a la guerra convencional y/o química, generando éxodos masivos, abandono de las tierras; o se amenace el planeta entero con el efecto invernadero o el riesgo de una guerra nuclear y nanotecnológica.

La naturaleza no solo en *Mancha de aceite* sino en toda la obra de Uribe (Escobar, 1993) es vista a la manera de un cuerpo humano, extensión de él y de lo humano en general, al fin y al cabo es ella su escenario, fundamento de su existencia y ejemplar modélico porque de ella todo emana y ha aprendido el hombre, pero también es el comienzo de su involución con el desarrollo precipitado del capitalismo salvaje y el progreso acelerado de la tecnología. Al gran capital no le basta que la naturaleza provea de lo necesario, hay que ir más allá, debe ser objeto de rapacidad y depredación como bien se observa en sus novelas. Uribe no solo otorga voz a los vencidos, a los victimizados, a los marginados de la sociedad y enajenados de su territorio natural (el golfo de Maracaibo y sus alrededores), sino también a la naturaleza porque ella es igualmente víctima propiciatoria<sup>15</sup>, objeto de los ecocidas. Cuando se invade y saquea un territorio por la fuerza, se hace asimismo con aquellos que lo habitan, por eso al territorio se lo asocia metafóricamente con el cuerpo (Héritier, 2004: 31)<sup>16</sup>. El territorio del Otro es concebido como un cuerpo ocupable, depredable. Apropiarse del medio natural de una comunidad, como ocurre en la novela, es destruir aquello que la sustenta no solo material y económicamente, sino social y antropo-

<sup>15</sup> Broswimmer habla del “planeta como zona de sacrificio” (2005, cap. 5º).

<sup>16</sup> En la opinión de Françoise Héritier, “le sentiment d’appartenance, qui lie l’individu à une collectivité faite de consanguins mais aussi d’affins, l’attache également à la forte notion de territoire. Le territoire [...] est métaphoriquement un corps dans lequel se reconnaissent les individus qui l’occupent et dont il est une référence commune. Cette référence corporelle du territoire transparaît fort bien dans le langage de l’invasion qui parle de viol, d’intrusion, de pénétration”. “Les fondements de la violence. Analyse anthropologique” en: Touati, Armand, ed., *Violences. De la réflexion à l’intervention*, Paris, Presses Universitaires de France-Cultures en Mouvement, 2004, p. 31.

lógicamente, porque destruye el espacio identitario, de cohesión, de origen de sus tradiciones, mitos; de su fuerza peculiar. En la novela, los ecocidarios extranjeros y la dictadura, destruyen el territorio y también los cuerpos, antecediendo en esta práctica a una consigna de exterminio racial generalizado (“no dejar para semilla”), que va a darse cuatro años después durante la Segunda Guerra Mundial (y se repetirá en la guerra de los Balcanes y en algunas regiones de África a finales del siglo XX). En este sentido, Uribe se revela un escritor profundamente comprometido con las causas sociales, de gran conciencia ecológica y un visionario apocalíptico de los riesgos reales para el mundo natural si el hombre continúa en esa política irracional que se observa hoy en muchas partes del planeta. Uribe es un escritor singular que revela una conciencia clara de que “la Naturaleza nos llama con una voz semejante a la de nuestra madre primitiva” (Bate, 30)<sup>17</sup>, y a ella nos debemos para su preservación o, en caso contrario, nuestra propia catástrofe.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BATE, Jonathan (2004), “El canto de la tierra: W. H. Hudson y el estado natural”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 33, pp. 15-31.
- BROSWIMMER, Franz J. (2005), *Ecocidio: breve historia de la extinción en masa de las especies*, México, Océano.

---

<sup>17</sup> Sobre el tema de la ecocrítica en español, véase el libro de Flys Junquera, Carmen, José Manuel Marrero Henríquez, Julia Barella Vigal, eds., *Ecocríticas. Literatura y medio ambiente*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2010; y el volumen 33 de 2004 de la revista *Anales de Literatura Hispanoamericana*.

- CABALLERO CALDERÓN, Eduardo (1943), “El hombre y el paisaje en América”, *Revista de las Indias*. Bogotá, vol.17, No.53, pp. 185-202.
- CARRERA, Gustavo Luis (2005), *La novela del petróleo en Venezuela*, 2ª ed., Mérida, Universidad de los Andes.
- CLASTRES, Pierre (1974), *La société contre l'État*, Paris, Minuit.
- CROS, Edmond (2011), *De Freud aux neurosciences et à la critique des textes*, Paris, L'Harmattan.
- ENRÍQUEZ, Eugène (2004), “Caractéristiques spécifiques de la pulsion de mort dans les sociétés contemporaines et les organisations modernes”, dans: Touati, Armand, ed., *Violences. De la réflexion à l'intervention*, Paris, Presses Universitaires de France-Cultures en Mouvement, pp. 107-119.
- ESCOBAR MESA, Augusto (2002), “Americanismo y modernidad en *Mancha de aceite* de César Uribe Piedrahita”, *Universitas Humanistica*, Bogotá, 29, 54 (jul.-dic. 2002), pp. 31-41.
- ESCOBAR MESA, Augusto (1993), *Naturaleza y realidad social en César Uribe Piedrahita*, Medellín, Concejo de Medellín.
- FLYS JUNQUERA, Carmen; MARRERO HENRÍQUEZ, José Manuel; BARELLA VIGAL, Julia (eds.) (2010), *Ecocríticas. Literatura y medio ambiente*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert.
- FREITAS, Robert A. Jr. (2000), “Some Limits to Global Ecophagy by Biovorous Nanoreplicators with Public Policy Recommendations”, *Foresight Institute*, <http://www.foresight.org>.
- GALLEGOS, Rómulo (2009), *Doña Bárbara* (1929), Doral, Fl., Stockcero.
- HÉRITIER, Françoise (2004), “Les fondements de la violence. Analyse anthropologique”, dans: Touati, Armand, ed. *Violences. De la réflexion à l'intervention*, Paris, Presses Universitaires de France-Cultures en Mouvement, pp. 23-39.

- MAFFESOLI, Michel (2004), "Le spectacle de la violence", dans: Touati, Armand, ed., *Violences. De la réflexion à l'intervention*, Paris, Presses Universitaires de France-Cultures en Mouvement, pp. 47-54.
- MARTÍNEZ ZALDÚA, Ramón (1928), *Tras el nuevo Dorado*, Barranquilla, Mundial.
- MONOD, Jean (1972), "Vive l'ethnologie", dans: *Le livre blanc de l'ethnocide à travers les Amériques*, Paris, Fayard, pp. 377-419.
- ORTEGA Y GASSET, José (1994), *Obras Completas V*, Madrid, Alianza.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto (1968), *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, Madrid, Gredos.
- SANDOVAL MENDOZA, A. y GÓMEZ, José (1963), *El imperio de la Standar Oil en Colombia y tierras aledañas*, Bogotá, Colombia Nueva.
- TORRES GIRALDO, Ignacio (1978), *Los inconformes 2, 3*, Bogotá, Latina.
- TINIANOV, Iuri (1924), "El hecho literario", [www.scribd.com/.../Tinianov-El-Hecho-](http://www.scribd.com/.../Tinianov-El-Hecho-)
- URIBE PIEDRAHITA, César (1992), *Toá y Mancha de aceite*, Medellín, Autores Antioqueños.
- VILLEGAS, Jorge (1978), *Petróleo, oligarquía e imperio*, 3ª. ed., Bogotá, El Áncora.